

Subjetividad, neoliberalismo y violencia en tres novelas centroamericanas

Subjectivity, Neoliberalism, and Violence in Three Central American Novels

Allan Armando Barrera Galdámez*

RESUMEN: en este artículo se interpretan las representaciones de violencia y neoliberalismo en tres novelas centroamericanas: *Baile con serpientes* (1996) del salvadoreño Horacio Castellanos Moya, *Los jueces* (2009) del guatemalteco Arnoldo Gálvez y *Los días y los muertos* (2016) del hondureño Giovanni Rodríguez. Desde una comprensión del texto literario como acto socialmente simbólico en el que se expresan los grandes discursos colectivos y de clase, interesa mostrar cómo estas obras construyen una contracara a la promesa de desarrollo del neoliberalismo en cuanto a que el libre mercado traería un derrame de riqueza, prosperidad social y una paz política. A través de un análisis situado de los contenidos de las publicaciones en sus correspondientes momentos históricos del desarrollo neoliberal en la región, argumento que manifiestan un malestar relacionado con un momento particular del desarrollo del neoliberalismo y su imaginario.

PALABRAS CLAVE: Neoliberalismo, Centroamérica, Subjetividad neoliberal, Literatura centroamericana, Violencia, Posguerra.

ABSTRACT: In this article, I interpret the representations of violence and neoliberalism in three Central American novels: *Baile con serpientes* (1996) by Salvadoran author Horacio Castellanos Moya, *Los jueces* (2009) by Guatemalan author Arnoldo Gálvez, and *Los días y los Muertos* (2016) by Honduran author Giovanni Rodríguez. Understanding the literary text as a socially symbolic act in which broader collective and class discourses are expressed, I hope to demonstrate how these works construct a counterpoint to the promise of development under neoliberalism, in terms of how the free market would bring a trickling-down of wealth, social prosperity, and a political peace. Through a situated content analysis of the publications in their corresponding historical moment of neoliberal development in the region, I argue that these works display an unease in relation to a particular moment of the development of neoliberalism and its imaginary.

KEY WORDS: Neoliberalism, Central America, Neoliberal subjectivity, Central American literature, Violence, Postwar.

DOI: <https://10.22201/cialc.24486914c.2024.79.57617>

Recibido: 23 de marzo de 2023

Aceptado: 17 de octubre de 2023

* Universidad Nacional Autónoma de México (allanbarregaldamez@gmail.com).

INTRODUCCIÓN

En este artículo interpreto tres novelas centroamericanas: *Baile con serpientes* (1996) del salvadoreño Horacio Castellanos Moya, *Los jueces* (2009) del guatemalteco Arnoldo Gálvez y *Los días y los muertos* (2016) del hondureño Giovanni Rodríguez. Me propongo trazar una cronología entre ellas argumentando que cada una da cuenta de un momento diferente del neoliberalismo en Centroamérica, pero configurando desde el espacio ficcional un espacio crítico que cuestiona la racionalidad de mercado. En general, las tres novelas han sido poco estudiadas por la crítica desde esta dimensión del neoliberalismo y sus efectos en la constitución de la violencia. Por tanto, es ahí donde podría residir mi contribución a los estudios literarios centroamericanos.

En el caso de *Baile con serpientes* (1996) de Horacio Castellanos Moya, se le ha prestado menos atención en relación con otras novelas suyas como *El asco* (1997) o la *Diabla en el espejo* (2000). Algunas temáticas que se han destacado en ella son: su ruptura con el testimonio (Lara-Martínez 2000: 312), la reestructuración del texto social y la relación entre centro y periferia (Cortez 2009: 248), la violencia del tejido social salvadoreño y los intentos de someterlo a la razón (Baldovinos 2004), la celebración de la violencia y la vinculación emotiva y libidinal que conecta al personaje con la matriz ideológica de la violencia (Leyva 2015) y más recientemente la emergencia del sujeto neoliberal (Maestre 2020). Este último estudio ofrece una descripción de la subjetivación neoliberal dentro del texto, de cómo se expresa en la conciencia de los personajes, pero problematiza poco en relación con el poder y con la sociedad de la que emerge la novela, sin aludir a la realidad material de la cual emerge esta racionalidad neoliberal, por ello mismo, me gustaría ahondar en esa parte, tomando en cuenta el camino trazado por Roque Baldovinos (2004) y por Héctor Leyva (2015).

Sobre *Los jueces* (2009), de Arnoldo Gálvez Suárez, esta novela, si bien ha tenido varias reseñas en blogs (Córdero 2010) (Roma 2013) (Urrutia 2020), escasean los estudios académicos. Lo mismo con *Los días y los muertos* (2016), de Giovanni Rodríguez. Al momento de realizar este artículo en-

contré sólo tres trabajos: uno del crítico hondureño Héctor Leyva (2018), donde analiza la dimensión simbólica y subjetiva de la normalización de la violencia, el segundo del crítico australiano Jeffrey Browitt (2020) y un tercero, un poco disperso en su análisis, de Mónica Torres Torija (2021); de estos tres trabajos el que me parece más importante es el de Leyva. La novela también tiene algunas reseñas notables (Gallardo 2017) (Ayes 2019).

De igual forma, los principales trabajos que han estudiado la producción literaria en su conjunto, como fenómeno regional, si bien estudian temas como la violencia y el desencanto político de posguerra, proporcionando importantes lecturas, no ofrecen una mirada que explore y relacione los modos de representar la violencia con los procesos de subjetivación neoliberal de la posguerra en Centroamérica. Por ejemplo: *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960-1990* (1998), de Arturo Arias; *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura de posguerra* (2009), de Beatriz Cortez y *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica* (2012) de Alexandra Ortiz Wallner.

Las tres novelas que analizo se circunscriben al periodo discursivo de la posguerra. Por posguerra entiendo una reconfiguración de los imaginarios sociales de la región y de la sensibilidad literaria provocada por una multiplicidad de eventos acaecidos al cierre de la década de los ochenta: la caída del muro de Berlín (1989), la pérdida electoral de los sandinistas (1990), la invasión a Panamá en 1990, Los Acuerdos de Paz, en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996, entre otros. Es posible hablar de posguerra en los demás países centroamericanos pese a que sólo Guatemala, Nicaragua y El Salvador tuvieron conflictos armados en tanto que la guerra fue un conflicto regional. Los demás países participaron de diferentes maneras. Honduras, por ejemplo, proporcionó territorio para que Estados Unidos colocara bases militares norteamericanas para librar desde ahí la contra insurgencia nicaraguense en los ochenta. El gobierno de Torrijos, en Panamá, apoyó a los sandinistas para derrocar a Somoza en los setenta. Costa Rica funcionó como retaguardia de la guerrilla sandinista y resguardo de exiliados políticos de Guatemala y El Salvador en los ochenta. Simplistamente: si la guerra fue regional, la posguerra también lo es.

La literatura, como práctica artística y como forma de conocimiento, ha participado en estos sucesos históricos y sociales, reescribiendo, contruyendo literariamente al sujeto de la guerra cuando la hubo y de la posguerra cuando los conflictos armados confluyeron. En la posguerra, me parece que el neoliberalismo es una experiencia que cruza a los países de la región y la literatura ha dado cuenta de ello. Por neoliberalismo me refiero no sólo a la política económica sino al imaginario que acompañó dicha política. El neoliberalismo, además de un modo de acumulación capitalista, es una racionalidad rectora, que asume el cálculo como matriz subjetiva primordial diseminada en el cuerpo social, se concreta más allá de la voluntad y las políticas de los gobiernos (Gago 2014) o, como ha dicho Wendy Brown, “la racionalidad neoliberal disemina el modelo del mercado a todas las esferas y actividades —incluso aquellas en que no se involucra el dinero— y configura a los seres humanos de modo exhaustivo como actores del mercado, siempre, solamente y en todos los lados como *homo oeconomicus*” (Brown 2015: 30).

Uno de los efectos más perjudiciales de la implementación de las políticas neoliberales fue el de la inseguridad. En lo social, en la década de 1990, los países del triángulo norte presenciaron el surgimiento de la violencia social de posguerra: maras, delincuencia común, inseguridad ciudadana y narcotráfico. Esta violencia, que paradójicamente coincidió con las transiciones democráticas, se acomodó como anillo al dedo al nuevo modelo económico neoliberal, pues afectaba a las personas comunes, no al gran capital, y fue percibida desde una codificación distinta a la que tuvo lugar en las décadas anteriores, ahora bajo el lente del imaginario neoliberal y sin utopías de futuro, ni horizontes emancipatorios que permitieran a las sociedades imaginarse más allá de la normatividad capitalista.

CONCEPTUALIZACIÓN Y METODOLOGÍA

Este artículo tiene como punto de partida una comprensión del texto literario como lo entiende Frederic Jameson: no como el texto de un genio individual sino como un acto socialmente simbólico en el que se enuncian los grandes discursos colectivos y de clase (Jameson 1989); una

suerte de meditación simbólica sobre el destino de la comunidad donde la sociedad opera como un subtexto histórico que la ficción somete a su propia textura, reescribiéndola y reestructurándola dentro de sus propias relaciones internas. Mi enfoque es interdisciplinar, se apoya en la historia, la economía política, la sociocrítica y la filosofía. No propongo una crítica inmanente o estilística, sino un análisis literario con estrechas relaciones históricas, sociales y políticas, donde se considera el entorno de producción de las novelas como también de las ideas, priorizando el horizonte político de los textos.

En segundo término, me apoyo en la historia centroamericana para relacionar las obras con la sociedad que enuncian y en algunos conceptos propuestos por estudiosos sobre Centroamérica. Para comprender la violencia representada en los textos, recorro al concepto de la antropóloga estadounidense Ellen Moodie, de “cambio de código crítico” (Moodie 2017). Así llamó ella a la recodificación de la violencia de posguerra que se dio con la transición a la economía de libre mercado. Para esta autora, tras la firma de la paz en 1992, el Estado salvadoreño promovió en la población un imaginario de la violencia dentro del cual los delitos ya no fueran interpretados como políticos ni críticos porque las acciones violentas no desafiaban ni ponían en riesgo al Estado ni al capital. “Si los conceptos de violencia se limitan a hechos individuales y no estructurales (explotación capitalista, exclusión de clase, etc., que tienen efectos reales...) entonces el Estado (capitalista) puede gobernar mucho más efectivamente” (Moodie 2017: 103). Esto también implicó la promoción de la gestión individual del riesgo, pues el peligro para la paz y la democracia, en este marco, es la ideología si se ejerce colectivamente.

Para interpretar las representaciones de la exclusión social presente en los textos acudo a Judith Butler. Ella propone que en las sociedades contemporáneas neoliberales hay vidas que valen la pena y otras que no. Esto porque “hay formas de distribución de la vulnerabilidad, formas diferenciales de reparto que hacen que algunas poblaciones estén más expuestas que otras a una violencia arbitraria” (Butler 2006: 14). Según su argumento, la sociedad neoliberal engendra concepciones normativas de lo humano que, mediante procesos de despojo y de exclusión, producen

una multitud de “vidas invivibles”, cuyo estatus político y legal se encuentra suspendido; ciertas formas de dolor son reconocidas y amplificadas nacionalmente, y otras pérdidas se vuelven impensables e indoloras. Su planteamiento es sugerente para entender la violencia que ficcionalizan los textos, las cuales constituyen alegorías literarias sobre las sociedades centroamericanas.

Bolívar Echeverría también ha establecido una relación de la violencia con el modo de apropiación capitalista desde su génesis que encuentro útil para entender mejor la violencia desde una base material. En su ensayo “De violencia a violencia” plantea que el génesis de esta violencia descansa en “la modernidad capitalista”; al reabsolutizar la escasez, el modo de producción capitalista colocó a la sociedad humana “como constitutivamente insaciable o infinitamente voraz y puso, al mismo tiempo, a la riqueza social, como siempre faltante o estructuralmente restringida” (Echeverría 2011: 319). Y por eso también he retomado la categoría marxista de “sobrepoblación relativa” y “ejército industrial de reserva” en mi análisis para calificar esa existencia excedentaria de personas que, aunque son expulsadas de la producción, siempre son necesarios para abaratar la mano de obra.

Recurro a Giorgio Agamben para interpretar algunas representaciones que podrían leerse como protesta simbólica contra la sociedad de consumo capitalista, presentes en dos de las novelas que analizaré. Me apoyo en su planteamiento que piensa el capitalismo como una religión que en su fase extrema, neoliberal, apunta a la creación de “un absolutamente improfanable”. Es decir, que aspira a que no pueda ser desacralizado de ninguna manera. Ello porque la religión “sustrae cosas, lugares, animales o personas del uso común y los transfiere a una esfera separada” (Agamben 2005: 98). En el caso del capitalismo la esfera del consumo aspira constantemente a constituirse como la esfera divina, encerrando en su sacralidad a los seres humanos en el fetiche inaprensible de la mercancía. Lo que se opone a la religión, según él, no son:

la incredulidad y la indiferencia respecto de lo divino sino la ‘negligencia’, es decir, una actitud libre y ‘distráida’ —esto es, desligada de la religión, de

las normas—frente a las cosas y a su uso, a las formas de la separación y a su sentido. Profanar significa abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia, que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular (2005: 99).

Profanar significaba restituir al libre uso de los hombres aquellas cosas que fueron separadas en la esfera de lo sagrado. Me parece sugerente esta reflexión para leer los modos en que ciertas representaciones literarias profanan la esfera divina del capitalismo. Utilizo también lo que Santiago Castro-Gómez denominó como poder libidinal, el cual, a diferencia del poder disciplinar de la modernidad capitalista, anterior a la globalización neoliberal, se caracteriza menos por reprimir que por seducir al sujeto (Castro-Gómez 2000: 94).

NEOLIBERALISMO EN CENTROAMÉRICA

En su libro *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* (2008), Naomi Klein expone cómo el *modus operandi* predilecto de los discípulos de Milton Friedman fue el de aprovechar las situaciones de crisis: guerras, inundaciones, terremotos o ataques terroristas, para impulsar reformas radicales de su programa económico. Este fue el método empleado en Chile después del golpe (1973) contra Allende, en Nueva Orleans tras el huracán Katrina (2006) y en Irak (2003) tras la invasión estadounidense. Cuando los ciudadanos se hallan inmersos en un clima de gran ruptura o en un estado de *shock* colectivo se da el ambiente favorable para que acepten el recetario neoliberal. “En esos períodos maleables [nos dice Klein], cuando no tenemos un norte psicológico y estamos físicamente exiliados de nuestros hogares, los artistas de lo real [los neoliberales] sumergen sus manos en la materia dócil y dan principio a su labor de remodelación del mundo” (Klein 2008: 30).

En Centroamérica, la crisis política, social y económica que entrañaron los conflictos armados en Guatemala (1960-1996), Nicaragua (1961-1979) (1979-1991) y El Salvador (1980-1992), habrían propiciado un clima idóneo para que los neoliberales transformaron nuestras economías

agroexportadoras en economías de mercado. Además una serie de sucesos que configuraron un cambio de época: la caída del muro de Berlín (1989), el fracaso del socialismo real, el cierre del “periodo guerrillero 1960-1990” (A. Arias) en Centroamérica, la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua (1990), los Acuerdos de Paz de El Salvador (1992) y Guatemala (1996), eventos que algunos (Fukuyama) celebraron como el “fin de la historia”, augurándole a la humanidad un único destino posible: la economía de mercado y la democracia liberal y representativa. Así, al cierre de la década de 1980 los países centroamericanos se subordinaron al recetario neoliberal: privatización de empresas estatales a precios de liquidación, reducción del gasto público y de protecciones sociales, políticas impositivas regresivas para alimentar la inversión y la política del rebalce, desregulación financiera, flexibilización laboral, subcontrataciones de bienes públicos, financiarización, etcétera (Arias 2007).

La promesa de felicidad de los ajustes estructurales fue que la privatización, la liberalización del comercio y la reducción al mínimo del Estado elevarían la productividad, provocando un derrame de riqueza, una innegable prosperidad social y una paz política expresada en regímenes democráticos consolidados y de gran calidad. Todo lo anterior traería como consecuencia una paz social y una creciente seguridad pública (Figueroa 2013). Los resultados, sin embargo, rebatieron esta promesa: los niveles de desigualdad económica y social se incrementaron y los pocos dispositivos de protección social que disponían los Estados fueron fuertemente golpeados. Desde el punto de vista del gran capital local, sin embargo, fue un éxito. El ajuste facilitó el proceso de transnacionalización de las economías y de los Estados, y posibilitó la integración de las burguesías nacionales a los circuitos globales de valorización y de circulación del capital, especialmente a la élite transnacional centroamericana que emergió de las entrañas de las viejas oligarquías agroexportadoras y de los grupos ligados al modelo de acumulación de industrialización por sustitución de importaciones y al marco del Tratado General de Integración Centroamericana, suscrito en 1960 (Martínez 2011: 325).

El gran ganador, con palabras de Ricardo Roque Baldovinos, fue el capital: “por primera vez, desde la década de 1920, la élite económica se

hace del control directo del aparato del gobierno y, desde allí, obtiene el poder necesario para conseguir los cambios en el Estado nacional, que le permiten ingresar al juego de la globalización” (Baldovinos 2004: 1989). En perspectiva histórica, el fin de la guerra no introdujo una ruptura real, en el proceso histórico, sino que culminó la lógica histórica de apropiación de la nación por el capital y su reinsertión dentro de un sistema mundial globalizado.

Los Acuerdos de Paz en El Salvador y Guatemala, según este argumento, removieron las trabas que impedían culminar este proceso histórico desarticulando el movimiento de contestación popular organizado y la obsolescencia del militarismo (Baldovinos 2004). Las democracias surgidas de los procesos de paz y de las reformas políticas de los años ochenta se configuraron así en democracias controladas por intereses corporativos transnacionales (Martínez 2011: 325). Uno de los objetivos de las políticas de ajuste estructural fue la continuación con las tareas de atomización y desarticulación de redes sociales de contención, iniciadas por la guerra de contrainsurgencia: la agresividad en materia de explotación, pauperización, despojo y desigualdad social evidencian que estas políticas fueron la continuación de la guerra por otros medios (Osorio 2016).

Cómo demuestra Mateo Crossa en su estudio sobre la maquiladora en Honduras, lo que se buscaba con estas políticas era cambiar la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, a favor del primero, por lo que se declaró una guerra al Estado desarrollista mediante una interminable lista de privatizaciones de empresas y bienes públicos en toda la región y se desarticuló a la clase trabajadora organizada, golpeando fundamentalmente al sindicalismo independiente (Crossa 2016: 156).

Teniendo en mente este contexto histórico, propongo leer las novelas *Baile con serpientes* de Horacio Castellanos Moya, *Los jueces* de Arnoldo Gálvez y *Los días y los muertos* de Giovanni Rodríguez. Mi punto de partida es que las tres ficciones reescriben desde diferentes estrategias narrativas este subtexto histórico, económico social y cultural de las sociedades centroamericanas bajo el neoliberalismo.

BAILE CON SERPIENTES (1996).

VIOLENCIA Y ENTREGA AL PODER LIBIDINAL
DEL NEOLIBERALISMO

La novela narra la historia de un sociólogo desempleado, llamado Eduardo Sosa. Éste vive de arrimado en casa de su hermana y su cuñado, sobreviviendo económicamente gracias a las remesas que le envía otra hermana desde Estados Unidos. Afuera, al interior de un viejo Chevrolet de los años 50, ha llegado a vivir un pordiosero de nombre Jacinto Bustillo. Sosa se obsesiona con él y empieza a acosarlo hasta que un día lo convence de acompañarle a conocer los bajos mundos de la ciudad, trayecto en el que Sosa asesina al pordiosero. A su regreso, ya no vuelve a casa de su hermana sino al viejo Chevrolet donde encuentra a cuatro serpientes que viven ahí y las convence de que él es el nuevo Bustillo. Con la ayuda de estas serpientes Sosa siembra el caos, el terror y el asesinato en la ciudad, mediante el ejercicio de una violencia y una crueldad que pareciera gratuita, que castiga a justos y a pecadores por igual.

El narrador emplaza a sus personajes protagonistas en una situación precaria. Éstos aparecen como población sobrante: Eduardo Sosa es sociólogo, pero no encuentra trabajo, vive por caridad de sus dos hermanas; su figura es la de un intelectual en ruinas que no encuentra espacio en la sociedad de mercado de la posguerra. Jacinto Bustillo, por su parte, es un contador de clase media. En algún momento estuvo bien, pero que acabó en la calle viviendo en su automóvil, deambulando por la ciudad como un paria. Emparejados por la miseria, ambos se convierten en uno y devienen en este antihéroe de las serpientes.

Esta flexibilidad que experimentan ambos personajes, en la que un día pueden estar empleados, al otro desempleado y al otro ser pordioseros, simboliza las estrategias flexibilizadoras del capital neoliberal para prescindir de los trabajadores o abaratar la mano de obra. Los dos representan al fracasado masculino dentro de la sociedad neoliberal que resquebraja cierta idea del macho proveedor asociada con el fordismo keynesiano, y que en el caso de El Salvador estaría reescribiendo ese momento extratextual inaugurado por las privatizaciones que dejaron a miles

de empleados estatales en la calle. De ahí que el viaje que realizan juntos, en el que Eduardo Sosa asesina a Bustillo, los bajos fondos son representados por maquilas, estrategia de desarrollo de estos años cuando gobernaba el presidente Calderón Sol, cuya estrategia era convertir al país en una zona franca.

Probablemente así lo fui ablandando, poco a poco, bajo el sol cada vez más ardiente, inmisericorde, mientras enfilábamos ahora hacia la zona industrial de la ciudad, un sector que me era desconocido, donde los galerones con techo de asbesto albergaban a centenares de mujeres que laboraban bajo el látigo de chinos sucios y detestables, según denunciaban los reportajes periodísticos. Un paisaje propicio para que don Jacinto empezara a relatar la historia de una vida que se había retorcido a tal extremo que de ella sólo quedaba este miserable al que acompañaba y el Chevrolet amarillo (Castellanos Moya 1996: 12).

Las formas flexibles del neoliberalismo también se anuncian en el tratamiento del tiempo. La diégesis transcurre en un lapso de tres días, intervalo en el que Eduardo Sosa se transforma en Jacinto Bustillo y la ciudad se convierte en “un panorama desolador, de muerte y caos, con decenas de cuerpos tirados en la calle” (Castellanos Moya 1996: 63). Bustillo se sabe sorprendido de cómo, durante las primeras veinticuatro horas de su transformación, la vida adquiere “de súbito un sentido totalmente nuevo, y lo que antes se consideraba firme y sólido enseguida muestra una tremenda vulnerabilidad” (Castellanos Moya 1996: 121). Esta breve temporalidad expresa la fragilidad, el miedo a la precariedad, la profunda y angustiante inestabilidad laboral y económica que enfrentan las personas, en medio además de la violencia social de posguerra. Por otro lado, Eduardo Sosa y Jacinto Bustillo son los perdedores, la antítesis del sujeto ideal exaltado por el capitalismo neoliberal, de ese emprendedor económico. Si el libre comercio y las políticas económicas y sociales del neoliberalismo se basan en la perpetuación de un modelo de perdedores y ganadores, aquí los dos han pasado a ser lo que Marx conceptualizó como sobrepoblación relativa, ejército de reserva que, dentro del capitalismo, son un desecho necesario para la desvalorización de la fuerza de trabajo.

Pero el protagonista regresa de esos márgenes a los que ha sido expulsado armado de sus cuatro serpientes que le han conferido un poder inhumano para castigar a la sociedad. Sus atentados pueden leerse como un malestar del neoliberalismo, de la fantasía de que el mercado haría que la riqueza desbordara y traería una sociedad de paz y estabilidad social. Eduardo Sosa, devenido en Jacinto Bustillo, lo primero contra lo que atenta es un centro comercial, lugar prototípico del capitalismo, reino de la mercancía donde las personas asisten como poseedoras de dinero y compradoras de mercancías. En este espacio las serpientes atacan de muerte a la señora Ferracuti, quien dentro del mundo de la acción de la novela es la hermana de un banquero, aspirante a la presidencia de la república, referencia extratextual de la figura de Alfredo Cristiani, primer presidente del partido Arena, quien condujo la privatización de los bancos, proceso del cual resultó uno de los principales beneficiarios.

Los Ferracuti representan en el espacio textual la consolidación de la élite financiera que con la reestructuración neoliberal se consolidaron como la facción del capital que detentó el poder dentro del espacio de posguerra, desplazando al viejo capital agroexportador. La novela señala el fin de una época en la que la burguesía terrateniente tenía el poder y anuncia el inicio del prodominio de los banqueros, el poder transnacional y la burguesía financiera.

Por otro lado, en la diégesis, mientras sucede el ataque de las serpientes, el cronotopo del centro comercial, la reproducción del espacio idílico entre vendedores y compradores de mercancía, se ve interrumpida. El lugar es *hackeado* por este pordiosero que lo único que quería era entrar y comprar una botella de agua, pero al verlo demasiado impresentable los vigilantes le niegan la entrada y su respuesta es el caos y la violencia. Esto adquiere otra relevancia tratándose de las sociedades del triángulo norte de Centroamérica, en las que la violencia social de posguerra y el abandono del Estado del espacio público ha hecho que los centros comerciales sustituyan los antiguos lugares de encuentro: parques y plazas públicas, lo que constituye una conquista más del capital sobre la vida, colonización del ocio de la gente, de modo que nuestro esparcimiento siempre esté mediado por nuestra relación con la forma mercancía.

Luego del centro comercial, el protagonista realiza una masacre en el centro de la ciudad, detona una gasolinera, asesina a una unidad de la Dirección de Inteligencia y Combate Antinarcóticos (DICA), entrenada por los norteamericanos. Finalmente mata al banquero Abram Ferracuti y a su familia.

Estas acciones terroristas, que según el personaje son impulsadas por el azar, hacen que otros sujetos proyecten en ellas demandas políticas. Por ejemplo, el personaje que se encuentra en la tienda cerca del cementerio de carros en el que al final de la novela se refugia Bustillo para esconderse de la policía. Al ir a comprar unas cervezas, este personaje le dice: “si usted fuera el tipo que ha puesto de culo a estos ricos y a este Gobierno de mierda, aquí mismo me lo echaría en hombros” (Castellanos Moya 1996: 153).

Hasta aquí la novela parece caminar hacia una respuesta y una solución simbólica de la sociedad neoliberal, pero se queda atrapada en esa economía libidinal de mercado, más como efecto que como respuesta. Ello en parte se debe a que esta violencia, al tratarse de una metamorfosis en proceso del personaje, también se transforma en una violencia irracional, difusa, cruel. Esta violencia, que tiene su músculo en las serpientes, es correlato de la violencia de las maras, ejército lumpen nacido durante la posguerra en el triángulo norte, a causa de la exclusión y violencia estructural, quizá la contracara más dolorosa de la Centroamérica neoliberalizada. Es una violencia que ya no tiene metarrelato político como la violencia política de décadas anteriores: mata y agrede a la población sin tener en su centro un discurso o enemigo de clase y afecta mayoritariamente a las clases bajas.

Eduardo Sosa, además de dirigir su violencia a esta familia de banqueros, también asesina a inocentes: la exesposa de bustillo, los transeúntes en el centro de la ciudad, el perro mascota de los Ferracuti, etc. Por esta razón, el crítico Roque Baldovinos ha dicho que “la fantasía de Eduardo es apocalíptica, es un castigo a una Sodoma donde no hay justos, ni lugar para la justicia” (Baldovinos 2004: 1095). Por eso también Héctor Leyva ha señalado que “la novela ensaya una explicación que puede resultar incluso una celebración de la violencia, al postular su resorte último en la anárquica soberanía individual” (Leyva 2015: 126).

Para mí, la metamorfosis de Eduardo Sosa en Jacinto Bustillo estaría prefigurando dentro del texto la metamorfosis de la violencia operada en El Salvador tras la implementación del modelo neoliberal (1989) y la firma de los Acuerdos de Paz (1992), anticipando este cambio a posteriori teorizado desde las ciencias sociales, de una violencia política que mutó a una violencia social favorable u homologable a la lógica de mercado (Moodie 2017) (Villalobos-Ruminott 2013), que golpea a las personas, pero que no afectaba la estabilidad del gran capital.

Ciertamente, la violencia de Eduardo Sosa incuba una protesta política contra la sociedad neoliberal de posguerra, pero queda subsumida dentro de esta violencia irracional. La orgía sexual con las serpientes, clímax de la novela, simboliza esa entrega final a esa gubernamentalidad neoliberal que se asentaría como consenso en las sociedades centroamericanas. Un poder al que Santiago Castro-Gómez denominó como poder libidinal (Castro-Gómez 2000: 94), el cual, a diferencia del poder disciplinar de la modernidad capitalista, anterior a la globalización neoliberal, se caracteriza menos por reprimir que por seducir al sujeto. Un poder que “ya no se asegura mediante el control sobre el tiempo y sobre el cuerpo ejercido por instituciones como la fábrica o el colegio, sino por la producción de bienes simbólicos y por la seducción irresistible que éstos ejercen sobre el imaginario del consumidor” (Castro-Gómez 2000: 94).

La entrega a las serpientes avizora un horizonte poco promisorio para el sujeto que habita ese nuevo espacio de posguerra en el que se han desdibujado las utopías que otrora desafiaron el capital. Si bien podría entenderse como una celebración de esa violencia irracional, anárquica (Leyva 2015) y despolitizada, también en su descomposición y en su delirio el personaje protagonista se configura como un producto o aporía del neoliberalismo, pero en su afirmación o celebración también está presente la negación de esa promesa de felicidad del neoliberalismo y su concepto de libertad ligado al mercado, la cual, en 1996, cuando la novela se publicó, era todavía una promesa abierta, todavía no mostraba sus contradicciones tan evidentemente, pero empezaba a manifestar sus primeros resquebrajamientos.

Baile con serpientes se constituye como una alegoría delirante que da cuenta de la cruda realidad de principios de los noventa. Su publicación en 1996 coincide con el declive (Dada 2018) de la primera oleada de políticas neoliberales iniciadas en 1991 con la privatización de los activos productivos del Estado que habían sido propiedad pública a partir de las expropiaciones de reformismo contrainsurgente. La novela puede leerse como un comentario o diagnóstico sombrío de un momento desesperanzador para la sociedad salvadoreña en el que el desempleo en el campo había crecido, al abandonarse el agro (seiscientos mil trabajadores), ya que dentro del nuevo patrón de acumulación neoliberal y la transnacionalización de la economía, el país había perdido su vocación agrícola. Era un momento en el que el ejército de desempleados despedidos de las empresas estatales recién privatizadas: telecomunicaciones, distribución eléctrica, ingenios azucareros, beneficios de café etc., habían pasado a ensanchar el ejército industrial de reserva y se preparaba además la venta del sistema de pensiones (INPEP) que pasaría a las AFP; periodo desesperanzador en el que el gran proyecto de desarrollo era convertir a El Salvador en una gran zona franca para así competir en el mercado internacional de mano de obra barata. La novela retoma estos materiales sociales como la materia prima para ser transformada en esta ficción llamada *Baile con serpientes*, que se adelanta mostrándonos las oscuras profundidades del neoliberalismo ahora que el rumbo del país estaba guiado por la mano invisible del mercado y, atrás quedaban las esperanzas utópicas de la utopía revolucionaria abriendo un momento nuevo de mucha incertidumbre.

LOS JUECES (2009). LIMPIEZA SOCIAL Y LINCHAMIENTO.

CULPAR A LAS VÍCTIMAS DEL SISTEMA CAPITALISTA

Los jueces (2009), opera prima de Arnoldo Gálvez como novelista, ganadora del XI Premio Centroamericano de Novela Monteforte Toledo. Antes publicó dos libros de relatos: *El tercer perfil* (2005) y *La palabra cementerio* (2013). Su más reciente novela, *Puente adentro* (2015), fue ganadora del certamen BAM Letras, 2015. Nacido en 1982, es una de las voces

jóvenes que han aportado a la construcción literaria y contemporánea de la sociedad guatemalteca de posguerra.

Los jueces es una novela que da cuenta de otro momento del neoliberalismo en Centroamérica. Aparecen ya referenciadas las maras, alusión extratextual que en la novela de Castellanos Moya está ausente; su publicación en 2009 se da en plena crisis neoliberal, tras el colapso financiero mundial de 2008 que afectó a las economías dependientes. Había sucedido ya la segunda oleada de políticas neoliberales: TLC, CAFTA, la dolarización en El Salvador etc.; gobernaba Álvaro Colom (2008-2012), quien impulsó algunas políticas públicas y programas sociales, pero sin transformar el modelo económico neoliberal. Su publicación coincide con un momento en que, según Carlos Figueroa Ibarra (Figueroa 2013), Guatemala cumplía con todos los requisitos para ser un Estado fallido. El narco había afianzado su poder en el territorio y las maras se hacían sentir. El país tenía la segunda tasa de homicidios en Centroamérica, 45.2 por cada 100 mil habitantes, después de El Salvador (CEG 28/7-3/9/08); 600 menores morían anualmente por armas de fuego (CEG 22-29/9/09).

Si *Baile con serpientes* de Horacio Castellanos Moya es una novela del apogeo y sedimentación de las políticas derivadas del ajuste estructural, *Los jueces* es una novela de la plena crisis neoliberal. En esta ficción se cuenta la historia de una colonia urbana y tensiones internas que derivan en un linchamiento. La tensión central es que el sector más privilegiado quiere hacer limpieza social eliminando a otro por considerarlo la causa de la violencia social: delincuencia, drogadicción, maras, etc. La trama entrelaza tres líneas narrativas: 1) la historia de la Señora Vendedora de Huevos, una madre soltera que, como lo dice su nombre, se gana la vida vendiendo huevos; 2) la historia de La Muchacha, una joven de diecisiete años que trabaja como edecán y que vive con su padre, un viudo desempleado que la explota, y 3) la del Señor de las Serpientes, un usurero excéntrico y rentista, a quien los habitantes ven con recelo porque para llegar a vivir ahí tuvo que sacar sin piedad a unos inquilinos que se encontraban en mora y por sus excentricidades, por tener como mascotas a unas serpientes.

La colonia se estableció en la informalidad después de un terremoto que azotó al país. Los primeros en asentarse, los del sector A y B, monopolizaron los mejores terrenos. Mientras que los del sector C sólo pudieron asentarse a orillas del barranco. Los habitantes del sector A y B, organizados en el Comité de Vecinos, realizan una reunión para planificar la eliminación del sector C, en esa reunión, el presidente de dicho Comité propone desaparecerlos con coches bomba hechos por ellos mismos (Gálvez: 80). “El estallido de esas botellas dará por inaugurado nuestro futuro como comunidad”. (Gálvez 2020: 81), les dice. Para él la destrucción absoluta del sector C supone el triunfo definitivo de la civilización sobre la barbarie.

La primera estrategia narrativa que Arnoldo Gálvez despliega es no dar nombre a ninguno de sus personajes. Los nombres están dados por su función social: La Señora Vendedora de Huevos, la Mesera, El Ejecutivo, la Muchacha, El Tesorero, El Anfitrión, La Tendera, El Muchacho Vendedor de Ratonés, El Mecánico, El Policía, etc. Las personas, como en la sociedad capitalista, han sido reducidas al papel que cumplen en las relaciones económicas. A partir de esto emerge la tensión interclasista: el sector A y B quieren eliminar al sector C. Aquí se traslapan dos estructuras de sentimiento: por un lado, el genocidio del pasado conflicto, contenido fantasmalmente en este deseo de querer eliminar a otro sector poblacional más precarizado. Este deseo atraviesa todo el texto, igual que el cuerpo social guatemalteco; por el otro, la subjetivación neoliberal de que, dado que todos somos responsables de nuestros éxitos o fracasos, el modo en que se perciben los problemas estructurales deriva en culpar a individuos antes que a causas estructurales, pues de otro modo representaría una amenaza al capital.

Los sectores A y B culpan al sector C de la violencia social, reafirmando la exitosa estrategia ideológica de orientar la culpa hacia las víctimas del sistema capitalista, en lugar de culpar, por ejemplo, a las élites que se benefician de esta violencia estructural. El linchamiento no es parte de una matriz neoliberal, tiene su raíz en la cultura de la impunidad heredada del conflicto interno guatemalteco, conflicto que, al no haberse dado procesos de justicia y reparación, continúa teniendo en el presente muchas

heridas abiertas. Lo que sí es parte de un proceso de subjetivación neoliberal es responsabilizar a los individuos de las fallas sistemáticas.

La eliminación del sector C en la novela no se concreta, puesto que la violencia contenida encuentra su cauce en el linchamiento del energúmeno, personaje sin subjetividad, de quien sólo conocemos que se droga con pegamento y que agrede e intenta violar a La Muchacha Edecán, pero este violento deseo recorre la narración fantasmalmente y queda ahí como posibilidad abierta en el horizonte del texto. Después de linchar al Energúmeno, El Tesorero de la directiva de la colonia, dice: “¡Un aplauso por la colonia!..., ¡Se hizo Justicia!”. Y La Señora Vendedora de Huevos, que no estaba del todo de acuerdo, piensa que para bien o para mal “aquellos hombres estaban haciendo lo correcto, coger la escoba y barrer el mundo, y eso era lo que ella quería hacer, barrer, todo el día, hasta dejarle a su hijo un mundo menos percutido donde ser una persona de bien” (Gálvez 2020: 167).

Judith Butler ha planteado, como ya se comentó arriba, que en las sociedades contemporáneas bajo el neoliberalismo hay vidas que valen la pena y otras que no. Esto porque “hay formas de distribución de la vulnerabilidad, formas diferenciales de reparto que hacen que algunas poblaciones estén más expuestas que otras a una violencia arbitraria” (Butler 2006: 14). La sociedad neoliberal genera concepciones normativas de lo humano que, mediante procesos de despojo y de exclusión, producen una multitud de “vidas invivibles”, cuyo estatus político y legal se encuentra suspendido. Ciertas formas de dolor son reconocidas y amplificadas nacionalmente, mientras que otras pérdidas se vuelven impensables e indoloras. Dentro de esta perspectiva, quienes integran el sector C no son percibidos como personas a las que sea necesario proteger, puesto que son “el otro”.

Así, los mecanismos que ejercen violencia (estructural, simbólica, física o cultural) se legitiman sobre ellos, ya que sus cuerpos no “valen” lo mismo que los nuestros. Butler dirá: “desde el punto de vista de la violencia no hay ningún daño o negación posibles desde el momento en que se trata de vidas ya negadas. [...] Son vidas para las que no cabe ningún tipo de duelo porque ya estaban perdidas para siempre o porque más bien

nunca ‘fueron’” (Butler 2006: 60). La respuesta, según Butler, descansa en el reconocimiento y la construcción de una vulnerabilidad común, reconocer una precariedad compartida y luchar en alianza contra ella, esto como una manera de construir vidas dignas de vivirse, frente al tipo de poder que desecha ciertos cuerpos y poblaciones. En esta novela, sin embargo, esta precariedad compartida está impedida por el individualismo y la subjetividad neoliberal. Pese a que la clase media tiene más en común con las clases desposeídas que con las clases altas, en la novela de Arnoldo Gálvez lo que se plantea es una guerra contra el sector C.

El dispositivo ficcional que mejor cristaliza las anteriores tensiones de clase son las serpientes, intertexto que alude a la novela de Horacio Castellanos Moya, *Baile con serpientes*. El Hombre de las Serpientes invita a los principales líderes de los sectores A y B a un banquete a su casa, pues necesita ganarse su aceptación, que lo reconozcan como uno de ellos. Los convidados son recibidos con un festín: jamones, queso, botellas de whisky y música clásica de fondo. Después de discutir con sus convidados sobre cómo acabar con el sector C, interrumpe para anunciarles que es hora de alimentar a sus mascotas. Trae una gallina en sus brazos para que sea devorada por sus serpientes. Acto seguido, les muestra la jaula donde viven sus reptiles e introduce la gallina viva para que todos los convidados disfruten el espectáculo; les comenta que el tamaño de sus serpientes desafiaba la realidad y que cada vez que las alimenta presencia “una recreación de la violencia original, la que une al depredador con la presa” (Gálvez 2020: 134). El personaje encuentra un goce estético al contemplar esa violencia de sus serpientes, lo disfruta del mismo modo en que Eduardo Sosa, convertido en Jacinto Bustillo, disfruta su lujuriosa entrega a la orgía sexual con las serpientes.

Como se comentó líneas arriba, la violencia originaria que el personaje gusta contemplar al alimentar a sus serpientes puede leerse desde lo que Bolívar Echeverría entiende como violencia de la modernidad capitalista, en su ensayo “De la violencia a la violencia” (Echeverría 2011). Para Echeverría, el capitalismo, al reabsolutizar artificialmente la escasez, colocó a la sociedad humana “como constitutivamente insaciable o infinitamente voraz y puso, al mismo tiempo, a la riqueza social, como siempre

faltante o estructuralmente restringida” (Echeverría 2011: 319). De este modo, el sistema capitalista “repuso el drama ‘primitivo’ de la violencia, el de la esclavitud, pero le quitó su momento dialéctico o de trascendencia y le dejó únicamente su consistencia destructiva; un escenario que no admite solidaridad alguna entre “verdugo” y “víctima” y que no los eleva en un perfeccionamiento sino que los hunde en un deterioro sin fin” (Echeverría 2011: 320). Por esta razón, como puede observarse en la novela, los lazos de solidaridad se encuentran resquebrajados, y la organización que plantean los de los sectores A y B es el exterminio del sector C, además porque el fantasma del genocidio recorre todo el cuerpo social. Algunos historiadores han destacado que la política de exterminio que tuvo lugar a principios de los años ochenta, que frustró el proyecto revolucionario, “dejó un profundo trauma en la sociedad guatemalteca e inhibió por mucho tiempo su voluntad de movilización transformadora” (Vázquez 2023).

La novela, igual que *Baile con serpientes*, deja planteado como alegoría política el problema de la exclusión y la violencia estructural y sus consecuencias. En la sociedad neoliberal las personas excluidas y expulsadas del sistema de mercado, aquellas que pasan a integrar una reserva de personas aparentemente desechables, sin ninguna protección social y privadas de estructuras sociales de solidaridad, como Eduardo Sosa, o como los que Arnoldo Gálvez representa en el sector C, poco pueden esperar de la neoliberalización, excepto pobreza, hambre, enfermedad y desesperación. Esta exclusión y violencia estructural para el caso guatemalteco se traslapa con los efectos acumulados de décadas de conflicto interno y una cultura de impunidad arraigada en la sociedad que ha beneficiado al *establishment* militar y a las élites económicas.

LOS DÍAS Y LOS MUERTOS (2016).

NORMALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA Y UNA POSIBLE SALIDA

Los días y los muertos (2016), segunda novela del hondureño Giovanni Rodríguez, uno de los escritores más prolíficos de la narrativa hondureña contemporánea. Nacido en 1980 empezó publicando poesía a partir de 2005. Como narrador ha publicado las siguientes novelas: *Ficción bereje*

para lectores castos (2009), *Tercera persona* (2017), *Las noches en la casa del sol naciente* (2021) y *Anchuria. Una historia posible de la Banana Republic* (2023). También ha publicado cuento: *La caída del mundo* (2015). Su obra está muy anclada y referenciada a San Pedro Sula, Honduras, y por ello constituye una puerta de entrada necesaria para quienes quieren comprender Honduras en clave literaria, pues da cuenta de la Honduras contemporánea, atravesada por problemáticas sociales comunes a las sociedades salvadoreña y guatemalteca.

Los días y los muertos (2016) se publica después de más de dos décadas de políticas neoliberales en Honduras, tras el golpe de Estado de los militares hondureños contra el presidente Manuel Zelaya, en 2009, en el que el frágil Estado de derecho, inaugurado desde la Constitución de 1982, se vio derrumbado. El país se posicionaba como uno de los países sin guerra con más homicidios en el mundo, que alcanzó en 2014 una tasa de 66 homicidios por cada 100 000 habitantes (Statista Research Department: 2022). Su publicación coincide con el gobierno del presidente y narcotraficante Juan Orlando Hernández (2014-2018) que convirtió el Estado en narco Estado. Giovanni Rodríguez recoge los escombros de esta sociedad posgolpe y diseña una trama con una estructura compleja en la que las prácticas cotidianas son subsumidas y amenazadas por la violencia social y la precariedad, al mismo tiempo que el capitalismo neoliberal continúa acumulando exitosamente para una minoría.

La narración inicia con el asesinato de Walter Antonio Laínez, de 19 años, por un joven escritor identificado como Guillermo Rodríguez Estrada, de 24, en el estacionamiento de un centro comercial en la ciudad de San Pedro Sula, Honduras. Este crimen es investigado por un periodista de apellido López (protagonista de la novela); él conocía a los implicados porque solía frecuentar el mismo café que ellos. El asesino va a la cárcel, pero es liberado por un tecnicismo y en libertad escribe y publica una novela llamada *Autobiografía criminal*. El periodista López la lee para comprender las razones y los móviles psicológicos del crimen. En la lectura, sin embargo, sus pesquisas se pierden en valoraciones que tienen que ver menos con el crimen que con el estilo de la novela. Paralelamente a este crimen, suceden una serie de decapitaciones y asesinatos de mujeres en

los que está involucrada una red de trata y narcotráfico; el mismo protagonista, en su ejercicio periodístico, es víctima de varios atentados perpetrados por los narcotraficantes. Desde la apertura de la novela, la violencia criminal parece caminar en un giro rizomático que invade el cuerpo social representado textualmente. En parte por eso el autor despliega diversas técnicas y registros: narrador extradiegético e intradiegético, intertextos de periódicos, diario personal, metaliteratura. Al final, la red de narcotráfico es desarticulada, mientras que Rodríguez Estrada, el escritor y asesino, se suicida. Por su parte, López, el periodista y protagonista, se retira de su ejercicio como reportero, renuncia al periódico para dedicarse a escribir un libro de crónicas periodísticas que ha venido postergando, pues el periodismo le exige veracidad y objetividad, obstáculos que ahora piensa resolver al presentarlos mejor como relatos de ficción. También tiene la vaga idea de convertirse en un futuro en detective privado.

El periodista López, tras años de escribir notas rojas, ha perdido la capacidad de asombro frente a los muertos que deja la violencia social; su frialdad incluso lo lleva a sacarse fotos con los cadáveres de los homicidios. El crimen del centro comercial le permite acceder a una zona de extrañamiento porque ya no se trata de “simples pandilleros de los que a diario aparecen descuartizados y metidos en costales en solares baldíos, en tiraderos de basura o en las cañeras o con las manos y los pies atados, con signos de tortura o un disparo exacto en la frente o en la boca” sino “de dos muchachos a los que había visto, durante al menos un año, encontrarse en ese Espresso Americano del Centro” (Rodríguez 2020: 4). Lo que descentra al personaje de esa naturalización de la violencia es su proximidad con los implicados, planteando para la apertura de la trama la siguiente pregunta: ¿a cuántas personas cercanas tendrán que matarnos para contemplar esta violencia como algo insólito?

Si Castellanos Moya irrumpe el centro comercial llevando a un pordio-sero y a sus serpientes, Rodríguez lo hace convirtiendo ese mismo espacio en escena de un homicidio. Así rompe la relación idílica del centro comercial entre vendedores y consumidores de mercancías y la sustituye por la de víctima y victimario. Si le tomamos la palabra a Giorgio Agamben en cuanto a que el capitalismo puede ser leído como una religión, un centro

comercial entonces puede entenderse como un templo del capitalismo y lo que hace Rodríguez es desacralizarlo con la escena del asesinato. Se evidencia nuevamente el planteamiento de Agamben, en el sentido de que el capitalismo en tanto religión “sustraer cosas, lugares, animales o personas del uso común y los transfiere a una esfera separada” (Agamben 2005: 98), ésta es la esfera del consumo. El capitalismo constantemente desplaza todo hacia esa esfera, todo lo actuado, producido y vivido, incluso el cuerpo humano, incluso la sexualidad y el lenguaje, encerrando con esta operación a los hombres en el fetiche inaprensible de la mercancía. Y en su fase extrema (neoliberal) “apunta a la creación de un absolutamente improfanable”.

No obstante, como en cualquier religión, existe siempre un “punto límite o una zona de indecibilidad, en la cual la esfera divina está siempre en acto de colapsar en la humana” (Agamben 2005: 105). Aunque el capitalismo quiera cerrarse, siempre es posible profanarle algo, devolver al uso común las cosas que han sido separadas hacia la esfera del consumo. “La creación de un nuevo uso es, así, posible para el hombre solamente desactivando un viejo uso: volviéndolo inoperante” (Agamben 2005: 112). Lo que hace Giovanni Rodríguez llevando el asesinato al centro comercial es de algún modo eso: profanar, volverlo inoperante.

En la novela la violencia social, la precariedad, los homicidios, el narcotráfico, los asesinatos y la corrupción constituyen el estatuto de lo que los sujetos experimentan como ambiente natural, dejando entrever que para sociedades precarizadas como las del triángulo norte, los modos de sobrevivir al capitalismo están acompañados de mucha violencia: sicariato, robo, organizaciones delictivas, como pandillas, narcotráfico, etc. Es decir, la violencia se convierte en una herramienta para la sobrevivencia al capitalismo, más que “capitalismo *gore*” (Valencia 2016), lo que opera es una sobrevivencia *gore*. Esto en la novela aparece como un fondo natural. Y esto también derrumba la promesa de felicidad del neoliberalismo de que la riqueza rebalsaría. Por el contrario, constata que la única esperanza que tienen las personas expulsadas del barco del sistema de mercado es trepar como sea posible, como productores de pequeñas mercancías, vendedores en la economía informal (de cosas o de fuerza de trabajo), “como pequeños depredadores que piden limosna, roban o, de manera violenta,

obtienen algunas migajas de la mesa del rico, o bien como participantes en el enorme mercado ilegal del tráfico de drogas, de armas, de mujeres, o de cualquier otra cosa ilegal de la que haya demanda” (Harvey 2007: 192).

La novela, también, deja entrever otra dimensión de género que tiene la violencia. Es una violencia que siempre atraviesa el cuerpo de las mujeres. Las mujeres habitan esta novela como cadáveres o como objetos desde la mirada de los personajes masculinos. Las mujeres con las que se relaciona López como las también implicadas en la red de trata y narcotráfico están colocadas para desarrollar a los personajes masculinos como también para hacer evolucionar la trama, carecen de subjetividad, son personajes planos. Lo mismo puede establecerse para la novela *Baile con serpientes* y en menor medida en *Los jueces*. Además de constituirse como una posible limitación por parte de los narradores para poder crear personajes femeninos complejos, mimetiza las formas patriarcales y la violencia de género, que son aspectos integrales de la reproducción del poder de estas sociedades del triángulo norte de Centroamérica.

En cuanto a la naturalización de la violencia, el mismo personaje que cometió el crimen en el centro comercial, Rodríguez Estrada, en su novela *Autobiografía criminal*, nos dice: “Este país lo enferma a uno. Decime si no es estar enfermo considerar que las diarias muertes violentas que vemos registradas en los periódicos, en los afiches publicitarios de los periódicos, que parece que se sintieran incapaces de vender si no exhiben sangre en sus primeras páginas, en la radio, en la televisión, son cosa normal” (Rodríguez 2020: 46).

A diferencia de la noción neoliberal en la que, siguiendo la lógica de mercado, cada individuo es responsable y debe responder por sus acciones y de su bienestar, principio que se extiende a la experiencia de la violencia social, la cita anterior redirige la mirada a las estructuras sociales que lo han engendrado. El periodista López, protagonista de la novela, que ya había perdido la capacidad de asombro frente a tanta violencia, leyendo la *Autobiografía criminal* de Rodríguez Estrada concluye que su crimen “es lo menos que puede esperarse de sociedades como esta, demasiado acostumbrada a la violencia; tal vez, todos en este país de mierda somos asesinos potenciales” (Rodríguez 2020: 25).

La diégesis presenta otras estrategias discursivas orientadas a deconstruir esa normalización de la violencia. La primera se da desde el narrador omnisciente, el tono irónico y el humor negro con el que relata los acontecimientos. En su tono está presente la huella de una risa concebida por Bajtín como “actitud estética hacia la realidad”, como percepción del mundo contrapuesta “a la seriedad unilateral y ceñuda generada por el miedo” y a “la seriedad dogmática, hostil a la generación y cambio, que pretende petrificar una sola fase de desarrollo de la vida y la sociedad (Bajtín 2012: 303).

La segunda estrategia es la del narrador personaje, el asesino Rodríguez Estrada escribiendo una novela dentro de la novela en la que aclara que su intención principal no es la de “explicar los motivos de un acto criminal que pudo o no haber ocurrido en la realidad, ni la de justificar ese supuesto crimen real; mi intención [nos dice] era hacer literatura” (Rodríguez 2020: 71). López lee la novela centrandó su atención más en el estilo literario del asesino que en los hechos, deviniendo así en una especie de crítico literario intradieético: “Ahí estaba ese tonito discursivo que semeja un mal calco de *El asco*, la novela de Castellanos Moya... En la ficción es preferible mostrar y dejar que el lector juzgue al país como es” (Rodríguez 2020: 47). Encuentra la novela “demasiado reflexiva; siente que el narrador a veces se pierde en divagaciones innecesarias y que eso le resta intensidad al relato” (Rodríguez 2020: 47). El asesinato, los crímenes y la resolución de los hechos se disuelven así en la preocupación de la forma literaria, en la textura de una metaliteratura.

Pero también en el diario del asesino, en la sección titulada “Teoría de la noche” se devela un profundo tedio a la vida dirigida por el mercado y la sociedad de consumo.

Esa mañana, entre el ruido de los carros y los parlantes situados afuera de las tiendas para anunciar su letanía promotora del consumismo, otra vez la misma sensación de sed insatisfecha, la que busca beber sólo de su propio manantial de utopías y de sueños.

El día anterior no prometía nada, y sin embargo... No es que anduviera por ahí esperando que la vida se convirtiera en milagro; al contrario, nada ocurriría nunca, nada debía ocurrir nunca; es lo que me decía para estar siempre prevenido, para no alimentar falsas esperanzas (Rodríguez 2020: 133).

Escribir se presenta como una actividad que podría romper con esa inercia y con ese tedio.

La novela cierra con la renuncia de López al periódico para dedicarse a la escritura de ficción y con la apertura de una etapa nueva de su vida. Para Héctor Leyva, esto “representa la ruptura de su unión con los muertos de todos los días”, “con el ligamen enfermizo que pudo mantener con la violencia e intentar como individuo sobreponerse a su medio” (M.Leyva, 2018: 14), pues renunciando al periódico tiene la posibilidad de recuperar su vida amorosa con Susana, una de sus amantes, y recuperar con ello el autocuidado, la piedad, la empatía y el amor que podrían tener un carácter político emancipatorio en el contexto de la violencia social del que proceden (Leyva 2018).

Mi interpretación complementaria es que, pese a que la salida de López es individual y no colectiva, articula la idea de recuperar una dimensión estética y creativa, negada y contrapuesta de algún modo a la precariedad neoliberal y a la sociedad capitalista conducida por consideraciones de cálculo, medida y beneficio. En una sociedad precarizada como la hondureña en la que la creatividad artística tiene más obstáculos materiales para su producción, escribir es una manera de negar la racionalidad instrumental, un gesto que incuba un germen utópico, un deseo reprimido de escapar a la cosificación de la vida de mercado y a la violencia social que ha minado a la sociedad, pero también de habitar el arte no como un espacio autónomo que flota por derecho propio, sino como lugar donde reverbera lo inminente y lo no dicho. Por eso López piensa que resolverá su obstáculo para la publicación de su libro rompiendo las barreras de lo real y objetivo que exige el ejercicio periodístico acudiendo a la ficción, porque lo real se ha vuelto un obstáculo.

Es pues una tentativa del sujeto de colocarse más allá de la normalización, no mediante una continuidad sino a través de una ruptura libidinal. De este modo es que la novela configura un rechazo a la violencia, a que ésta se integre al flujo ordinario, explicable y descriptible de las cosas, a que forme parte de una narración vital consistente y dotada de sentido que en el imaginario de los sujetos se conciba como normalidad.

CONCLUSIÓN

Los textos literarios de posguerra han sido leídos prioritariamente en relación con la pérdida de fe en los proyectos políticos, revolucionarios y utópicos de izquierda que marcaron la historia del siglo XX (Cortez 2010), pero escasamente en relación con el neoliberalismo y su capacidad de producir subjetividad y sujetos, como formas de entender el mundo y como discursividades que penetran el cuerpo social. Esta dimensión es importante para tener una lectura más completa del momento que se abre con el fin de los conflictos armados. Las tres novelas analizadas en este artículo proyectan modelos de sociedad en los que la promesa de felicidad y de desarrollo del neoliberalismo es puesta en tela de juicio, mostrándonos a personajes precarizados en ambientes violentos que ensayan una contracara dolorosa del neoliberalismo. El atentado al centro comercial y la entrega a las serpientes en la novela de Moya, la reaparición de las serpientes y los deseos de hacer una limpieza social contra el sector poblacional más precarizado en la novela de Arnoldo Gálvez, la reaparición del centro comercial como escenario para el crimen, las decapitaciones y las estrategias para romper con esa normalización de la violencia, son signos que configuran un espacio discursivo y contradictorio en el que se niega, se afirma y se rechaza la lógica neoliberal, pero que en general muestran un malestar y un desencanto de esa sociedad y esa democracia de posguerra.

Entendidas estas tres obras como actos socialmente simbólicos demuestran que, no obstante, el cinismo y el desencanto que pudieran contener la literatura contemporánea centroamericana continúa incubando una crítica de la violencia estructural y de la economía política que la produce. Las tres novelas nos brindan claves para entender la malograda paz en la posguerra y su relación con el neoliberalismo.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, GIORGIO. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2005.

- ARIAS, ARTURO. *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960-1990*. Guatemala: Artemis Edinter, 1998.
- ARIAS, ARTURO. "Narratividades centroamericanas y decolonialidad: ¿cuáles son las novedades en la literatura de posguerra?" *Istmo. Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 24 (2012).
- ARIAS, SALVADOR. *Derrumbe del neoliberalismo*. San Salvador: Editorial Universitaria UES, 2007.
- AYES, MANUEL (2019). *¿Un futuro clásico de la literatura hondureña?* Artículo en línea disponible en <<https://rodrigueznh.wordpress.com/2019/07/14/un-futuro-clasico-de-la-literatura-hondurena/>> .
- BAJTÍN, MIJAIL M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: FCE, 2012.
- BALDOVINOS, RICARDO ROQUE. "Duelo y memoria. Sobre la narrativa de posguerra en El Salvador". *ECA: Estudios Centroamericanos* 59.672 (2004): 1089-1095.
- BROWN, WENDY. *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso Ediciones, 2015.
- BORWITT, JEFFREY. "Por estas calles furiosas: Giovanni Rodríguez 'Los días y los muertos'". Liverpool: Browitt, Jeffrey. *Cicatrices. Central American Ficción in the 21st Century*. Liverpool University Press, 2020. 127-142.
- BUTLER, JUDITH. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- CASTELLANOS MOYA, HORACIO. *Baile con serpientes*. San Salvador: DPI, 1996.
- CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO. "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro" Clacso. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso, 2000. 88-98.
- CÓRDERO ÁVILA, MARIO (2010). *Los jueces* de Arnoldo Gálvez Suárez. Artículo en línea disponible en <<http://diarioparanoico.blogspot.com/2010/07/los-jueces-de-arnoldo-galvez-suarez.html>> .
- CORTEZ, BEATRIZ. *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2009.
- CROSSA, MATEO. *Honduras: maquilando subdesarrollo en la mundialización*. Tegucigalpa: Guaymuras, 2016.

- DADA HIREZI, HÉCTOR. “La situación de El Salvador: antecedentes, evolución y retos”. *Teoría y Praxis* 32 (2018): 45-103.
- GÁLVEZ SUÁREZ, ARNOLDO. *Los jueces*. Guatemala: F&G Editores, 2020.
- RODRÍGUEZ, GIOVANNI. *Los días y los muertos*. San Pedro Sula, Honduras: Mínima Palabra Editores, 2020.
- ECHEVERRÍA, BOLÍVAR. “De violencia a violencia”. *Discurso crítico y modernidad*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2011. 309-326.
- FIGUEROA IBARRA, CARLOS. “Centroamérica, una reflexión desde la primera década del siglo XXI”. Observatorio Latinoamericano. *Violencia y seguridad en Centroamérica: de la Guerra Fría a la actualidad*. Buenos Aires: 2013.
- GAGO, VERÓNICA. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones, 2014.
- GALLARDO, MARIO (2017). *Del narrador de la caverna a Los días y los muertos y viceversa*. Artículo en línea disponible en <<https://rodriguezhn.wordpress.com/2017/05/10/nueva-resena-de-los-dias-y-los-muertos/>>.
- HARVEY, DAVID. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal, 2007.
- JAMESON, FREDERIC. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor, Literatura y Debate Crítico, 1989.
- KLEIN, NAOMI. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Argentina: Paidós, 2008.
- LARA-MARTÍNEZ, RAFAEL. *La tormenta entre las manos*. San Salvador: DPI, 2000.
- LEYVA, HÉCTOR. “Narrativas del estupor: literatura y violencia en tres novelas centroamericanas”. *Narrativas de la violencia en el ámbito hispánico: guerra, sociedad y familia* (2015): 119-135.
- LEYVA, HÉCTOR (2018). *Vida y muerte en la jaula de hierro: sobre violencia y paz en ¡Esto es la mara jomitos! (2016) de Jorge Martínez Mejía y Los días y los muertos (2016) de Giovanni Rodríguez*. Artículo en línea disponible en <<https://hectorleyvablog.files.wordpress.com/2020/08/leyva-hm-vida-y-muerte-en-la-ja-de-hierro-2020-8-30.pdf>>.

- MAESTRE FERNÁNDEZ, MARÍA. “Rastreado la emergencia del sujeto neoliberal ‘aquí en Centroamérica’: una reflexión y un breve ejemplo a través de *Baile con serpientes* (1996) de Horacio Castellanos Moya”. *Amérika. Mermoirs, Identités, Territoires* 20 (2020).
- MARTÍNEZ, JULIA EVELYN. “¿Desdolarizar para qué?” *ECA. Estudios Centroamericanos* 66.726 (2011).
- MOODIE, ELLEN. *Las secuelas de la paz*. San Salvador: UCA, 2017.
- ORTIZ WALLNER, ALEXANDRA. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana, 2012.
- OSORIO, JAIME. “¿Patrón de reproducción excluyente y democracia incluyente? Una ecuación inviable”. Jaime Osorio. *Teoría marxista de la dependencia*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2016. 297-320.
- RODRÍGUEZ, GIOVANNI. *Los días y los muertos*. San Pedro Sula: Mínima Palabra Editores, 2020.
- ROMA, EDDY (2013). *Los jueces*. Artículo en línea disponible en <<https://revistalunapark.wordpress.com/2013/04/07/letras-guatemaltecas-los-jueces-arnoldo-galvez-suarez/>> .
- STATISTA RESEARCH DEPARTMENT (2022). *Statista*. Documento en línea disponible en <<https://es.statista.com/estadisticas/1289858/tasa-de-homicidios-honduras/>> .
- TORRES TORIJA, MÓNICA. “La violencia y la estética ruinosa de un mundo carente de utopías en la narrativa de Giovanni Rodríguez”. *Oltreoceano: Rivista sulle Migrazioni* 18 (2021): 75-82.
- URRUTIA, GERMAN ALFONSO (2020). *Los jueces de Arnoldo Gálvez Suárez*. Artículo en línea disponible en <<https://aforismosyletras.blogspot.com/2020/10/los-jueces-de-arnoldo-galvez-suarez.html>> .
- VALENCIA, SAYAK. *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. México: Paidós, 2016.
- VÁZQUEZ OLIVERA, MARIO. “Del terror al exterminio. Un apunte sobre las matanzas de civiles en El Salvador y Guatemala durante la década de 1980”. *Revista Pueblos y Fronteras Digital* 18 (2023): 1-29.
- VILLALOBOS-RUMINOTT, SERGIO. “Literatura y destrucción: aproximación a la narrativa actual”. *Revista Iberoamericana* LXXIX.242 (2013): 131-148.